

La sola presencia de aquella interesante joven bañaba su alma de una superabundancia de felicidad indefinible.

Sentía hacia ella un cariño tan intenso, a la vez que dulce y desinteresado, que la preceptora se estremeció con una idea que le asaltó de repente, y que estaba enlazada con el pasado.

¿Qué idea era ésta?

Amalia no se atrevió a comunicársela a nadie. Era un secreto que guardaba en lo más hondo del corazón.

—¡Oh! ¡Es imposible que esté loca esa joven!—exclamó, después de observarla un momento con religioso silencio—. Su fisonomía y sus maneras sólo denuncian el dolor y el sufrimiento.

—Esperemos otro instante—contestó Elisa.

—Ya vuelve otra vez a hacer señas de que tiene sed—dijo Julia, pasados algunos instantes.

Y, con efecto, la hermosa joven volvió a indicar con la mano que estaba sedienta.

Amalia dejó caer tristemente la cabeza sobre el pecho, y exclamó con acento tierno y abatido:

—Sí; ¡está loca!... Pero, ¿qué importa? Es preciso complacerla.

Y arrastrada por un sentimiento de compasión, se dirigió hacia la ventana.

La que gemía presa, bajó la botella atada a la cuerda.

La preceptora, al encontrarla vacía, la desató, volvió a llenarla de agua, la ató de nuevo a la cuerda, hizo seña de que la subiera.

La joven ejecutó en el instante la orden, dió las gracias con las demostraciones más inequívocas, y desapareció por segunda vez.

Amalia se acercó a Elisa y le dijo:

—Nunca me han conmovido tanto como ahora las desgracias ajenas. ¡La situación de esa hermosa joven me ha desgarrado el corazón!...

La llegada de Diego, en cuyo rostro se veían pintados el enojo, la desesperación y el despecho, enmudeció a las cuatro interlocutoras.

—Buenas noches—dijo con sequedad y bronco acento, penetrando en la habitación, sin detenerse siquiera a hacer una caricia a sus inocentes criaturas.

Elisa y sus queridas hijas se estremecieron de terror, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Amalia estrechó la mano de su desgraciada vecina, y se despidió de ella afectuosamente.

En aquel momento la joven se presentó en la ventana descolgando vacía la botella.

La preceptora se acercó a cogerla; la soltó de la cuerda, y dirigió los ojos hacia la que juzgaba loca, para ver si anhelaba otra cosa.

La joven comprendió el noble deseo de su favorecedora, llevó la mano a su corazón manifestando su gratitud, le envió una mirada intensa de eterno reconocimiento, y desapareció de la reja.

Amalia se retiró a su vivienda, profundamente conmovida.

¿Era aquella joven una víctima acaso de los injustos celos de un esposo suspicaz?

¿Era una hija rebelde a los consejos de un padre?

¿Era una esposa criminal?

¿O, tal vez, una desgraciada mujer privada de razón, a quien su familia se había visto en la penosa necesidad de encerrarla en aquel cuarto?

La compasiva preceptora se vió asaltada por todos estos pensamientos, de los cuales el último le parecía estar en armonía con la acción que acababa de practicar la joven, solicitando por tres veces que le sirviesen agua.

Y ¿acertaba?

Los sucesos nos lo demostrarán en el curso de esta historia.

CAPITULO III

La casa del jugador

En cuanto la preceptora se despidió de Elisa, ésta, disimulando el terror que le había infundido la entrada desapacible y ruda de su esposo, cerró la puerta y se dirigió con el corazón comprimido a un rincón de la sala.

Diego, con los brazos echados hacia atrás y con las manos enlazadas, se paseaba a largos pasos en la pieza contigua, y sin pronunciar palabra.

Su rostro estaba lívido, sus ojos encendidos, sus labios blancos como el papel, el cabello despeinado y su vestido en desorden.

En su ceño, imponente y severo, se retrataba la rabia y la desesperación; en su gesto, la violencia de su alma, y en todos sus modales al hombre frenético que no sabe contra quién descargar su ira.

Elisa se sentó aterrada y abatida en una silla, orando interiormente, pidiendo a Dios la felicidad del sér a quien estaba enlazada.

Teresita y Julia, sobrecogidas de espanto, y respirando con dificultad, se colocaron de pie al lado de su desventurada madre, llenas de miedo, y estrechándola fuertemente.

Aquél era un cuadro desgarrador, una escena doméstica desconsoladora, terrible; pero que, por desgracia, se repetía con demasiada frecuencia en aquella familia, donde el vicio del jefe de ella había llevado la miseria y el terror.

Las pobres criaturas miraban con asustados ojos, y sin atreverse a hacer el más leve movimiento, a su iracundo padre, cruzar la estancia sin alzar la vista del suelo, llevar de vez en cuando la mano a la cabeza, introduciendo los dedos por el cabello, y golpearse la frente como un desesperado.

De repente se detuvo en la puerta del cuarto, enfrente a su familia, arrugó el entrecejo, fijó furioso sus inyectados ojos en sus tímidas hijitas y esposa, y alzando el brazo en ademán amenazador, exclamó con ronco acento:

—¿Por qué no se han acostado ya esas criaturas? ¿Se han propuesto estar toda la noche ahí?

Las niñas se estremecieron de espanto y se abrazaron a Elisa, que tembló como la tímida gacela al rugido del león.

Diego dió otra vuelta, y viendo que permanecían quietas en el mismo sitio, añadió con mayor exaltación:

—¿No me han oído? ¿No me han comprendido que deseo que se acuesten? ¿Por qué no lo han hecho ya?

—Deseaban verte antes...—dijo Elisa, con voz dulce y apacible—. Te estaban esperando.

—Yo no quiero que nadie me espere...—exclamó Diego, cada vez más exaltado—. Yo no quiero que nadie se moleste por mí... Ya lo sabéis.

Teresita y Julia se echaron, sollozando, en brazos de su afligida madre, que las estrechó contra su pecho, mojando con sus lágrimas los hechiceros rostros de aquellos dos desventurados ángeles.

—Llanto, lágrimas, hipocresía, todo...—añadió Diego, con despecho—. ¿A qué viene ahora eso? ¿Queréis que la verdad se imponga de lo que pasa en mi casa...?

—¡Lloran de sentimiento, esposo mío..., porque te aman!

—dijo Elisa, con afabilidad, tratando de conmover el corazón de aquel hombre, que el juego había endurecido.

—Yo no quiero que nadie me ame.

—Pero...

—He dicho que se acuesten esas criaturas. ¿Será preciso que lo mande de otra manera?—exclamó Diego, interrumpiendo a su esposa con una explosión de furor, difícil de expresar.

—Van a obedecerte, Diego. No te incomodes... Ya sabes que mi único afán es complacerte en todo—contestó Elisa, con una resignación cristiana que rayaba en heroísmo.

—¡Vamos, hijas mías!—añadió después—. Vuestro padre quiere estar solo, y es preciso satisfacer su anhelo. Despedíos de él, y seguidme para que os acostéis.

Teresita y Julia se acercaron con timidez y recelo a su padre, que había salido a la sala para que ellas entrasen a la alcoba, y que continuaba paseándose.

—Buenas noches, papá—dijeron ambas niñas, poniéndose a su lado.

—Buenas noches—contestó con menos aspereza Diego.

—¿No nos perdona usted la imprudencia de haberle espereado...? Lo hicimos porque teníamos ganas de verle a usted y de abrazarle.

Diego, aunque endurecido por el juego, al fin era padre, y se detuvo al escuchar la dulce voz de aquellas dos inocentes criaturas que le pedían perdón de un acto noble y digno de alabanza.

—Bien, hijas mías, bien... Os agradezco la intención—dijo, pasándoles cariñosamente la mano por el cabello—. Sois unas excelentes criaturas..., virtuosas como vuestra infeliz madre... Pero, ¡soy tan desgraciado!..., ¡padezco tanto!..., ¡que a veces la suerte me obliga a ser cruel con vosotras, a pesar mío!... ¡Ah!... Perdonadme, hijas mías..., ¡perdonadme mis excesos de ira y de dolor!...

Y las pobres niñas lloraban de ternura y de placer.

—¡Cuánto amo a usted, padre mío!...—exclamó Teresita, conmovida.

—¡Ah!—dijo Julia a su vez—. ¡Somos tan felices con esas palabras de cariño!...

Diego se sintió enternecido; la naturaleza no pudo permanecer rebelde a sus más nobles y sagrados afectos; los fueros de la sangre se sobrepusieron a los bastardos recuerdos del funesto juego, y obedeciendo al irresistible impulso del sentimiento paternal, abrazó a sus queridas hijas

con la efusión del cariño más tierno, las besó en la frente, y exclamó, enternecido:

—¡Id a descansar, hijas mías!... ¡Id a descansar, y Dios vele vuestro sueño!...

Teresita y Julia se desprendieron de los brazos de su padre, conmovidas de placer, le besaron la mano, y se retiraron a su cuarto, conducidas por la sensible Elisa, que presenció, gratamente conmovida, aquella inesperada y consoladora escena.

—¡Qué bueno es papá!...—dijo Julia mientras la desnudaban—. ¡Ahora he conocido que nos quiere mucho!... ¡Oh!... ¡El beso que me ha dado me ha hecho estremecer de dicha!... ¡Pero es muy desgraciado!

—Por lo mismo, es preciso—añadió Teresita—que cuando estemos acostadas y solas, recemos las dos para él.

—Sí; rezad, hijas mías; pedidle a Dios que sea dichoso..., ¡que le vuelva a su corazón el bienestar y la calma que formaron las delicias de nuestros primeros años de matrimonio!...

Diego miró enternecido, alejarse a sus inocentes criaturas, y dos lágrimas, las primeras que había vertido tal vez desde que se separó de la senda de sus deberes, rodaron de sus ojos.

Aquel llanto revelaba que, a pesar de la ferocidad y la rudeza que había impreso el juego en su carácter, aun conservaba dentro del alma el germen de sensibilidad que podría encarrilarlo de nuevo por el camino de la virtud.

Las dulces palabras de sus dos ángeles de inocencia y de candor, habían despertado dentro de su pecho bellísimos y nobles sentimientos.

Pero estos sentimientos generosos fueron instantáneos.

La memoria de sus recientes pérdidas, de su miseria, su sed insaciable de oro y su arraigada pasión al juego, se sublevaron de repente contra las ideas tiernas que sólo brillaron un instante en su ofuscada mente, como la luz del relámpago brilla en medio de la tempestad.

Las malas pasiones triunfaron de las buenas; el vicio se sobrepuso a la razón; y Diego, soñando en la manera de adquirir riquezas para separarse del juego, volvió a pasearse por la sala sin otra idea que la del mismo funesto juego.

El que una vez ha tenido la imprudencia de colocar su pie en la resbaladiza pendiente por donde se precipita el jugador, y trata de buscar el remedio al vicio en el mismo vicio, es semejante a la incauta mariposa que, después de

haberse quemado las alas, atraída por los brillantes resplandores de la luz, se precipita en medio de la flama, donde se abrasa.

Diego se había olvidado completamente de sus hijas, de sus caricias y de sus lágrimas.

Las cartas favoritas a las cuales tenía especial inclinación, era lo único que se presentaba en aquel instante a su imaginación con todo el seductor atractivo con que las pasiones engalanan los más repugnantes objetos.

Veía las cartas, veía la posibilidad de acertarlas; veía el oro sobre la mesa...

A Diego le faltaba, en su concepto, un poco de dinero para jugar y cambiar de posición social; para llevar todo aquel oro que codiciaba; para pasar de la miseria en que gemía, a la opulencia de un príncipe.

Dominado por estos quiméricos ensueños, que preocupaban su imaginación y avasallaban su alma, cruzaba la pieza a grandes pasos, reflexionando en la manera de hacerse de algún dinero para realizar su idea.

Traía a la memoria la fortuna de uno que, en aquel mismo día, acariciado por la suerte, había ganado en menos de media hora dos mil onzas; pero no fijaba la atención en la desgracia de otros cien que, como él, dejaron en la mesa del vicio todo lo que llevaron, condenando a sus desgraciadas familias a morir de necesidad y de miseria.

Se acordaba de que el juego había sido para unos cuantos la mina de bonanza que les proporcionó en la sociedad un lugar distinguido; pero no meditaba en que había sido el origen de la deshonra de millares de infelices que, dominados por la desesperación, el furor y el despecho que vierte en el alma la pérdida de los bienes, se habían lanzado al robo, a la estafa, al fraude y a todo linaje de desórdenes y excesos, terminando la carrera de su vida en un hospital, en una cárcel o en un patíbulo.

Se olvidaba, como dice un escritor, de que la inconstancia de la fortuna, unida a la imprevisión del vicio, son la causa eficiente de que sean tan efímeras las ganancias del jugador, que a trueque de algunas horas de incompleta satisfacción, que deja consumir en la disipación, tiene que sufrir días y aun meses de desesperación, que vienen a terminar en la degradación o en el suicidio. Se olvidaba de que en el juego se han dilapidado fortunas cuantiosas, se han arruinado numerosas familias, se han indispuerto muchos matrimonios que hubieran sido muy felices, se han precipitado no pocas mujeres virtuosas en la sima del deshonor,

y de que se han lanzado en el vicio de la bebida y en el libertinaje, jóvenes de nacimiento ilustre, que acertaron a fuerza de pesadumbres y disgustos, los días de sus padres.

De todo esto se olvidaba; pero cuando el hombre está dominado por una pasión y el vicio ha echado hondas raíces en su alma, cierra los oídos a la voz de la razón, y no atiende a otra cosa que al lisonjero acento que halaga sus pasiones.

Diego, acariciando en su mente las ideas del cambio de fortuna que se iba a operar en cuanto volviese al juego, y buscando los medios de poder realizar su deseo, creyó haber encontrado la manera de cumplirlo.

Se acordó de que Elisa guardaba algunos regalos hechos por Clotilde a ella y a sus hijas; pensó que realizándolos y reduciéndolos a dinero, podía sujetar por un instante la fortuna a su capricho y dejar satisfecha su ambición de riquezas.

Ilusionado y delirando con este pensamiento, llamó a su esposa.

Teresita y Julia estaban ya entregadas a un dulce y profundo sueño, y Elisa, después de besarlas en la frente, se presentó en la sala.

—¿Qué se te ofrece, Diego?—dijo, acercándose a su esposo.

Este, como todo el que desea conseguir lo que ambiciona, dió a su semblante y a su voz toda la dulzura posible, y contestó, estrechando entre sus manos la de su esposa:

—Que me concedas el favor más grande que puedo ambicionar.

—¿Qué puedo yo negarte de lo que dependa de mí? ¿No ha sido mi deseo constante el de complacerte? ¿No soy la mujer más feliz del mundo cuando veo satisfecho el más ligero de tus deseos?

—Sí, es verdad; nada me has negado nunca; siempre has subordinado tu voluntad a la mía, siempre..., excepto...

—añadió sonriendo y pasando la palma de su mano izquierda por el dorso de la de Elisa, que agarraba con la derecha—, excepto cuando te he pedido algo de lo que te envía mensualmente Clotilde.

—Bien sabes que si me he resistido a complacerte sobre el punto que tocas, no ha sido porque no anhelase servirte, sino porque ese dinero no me pertenecía. Era propiedad de nuestras inocentes hijas; de esos tiernos ángeles cuyo porvenir me tiene inquieta y cuidadosa.

—Y ¿si el favor que quiero pedirte fuese de esa naturaleza?—dijo, acariciando más y más la mano de su esposa.

Elisa se puso pálida.

—¡Pedirme lo que me envían para ellas!

—Sí. ¿Qué responderías?

—¡Por Dios, Diego!—contestó Elisa, temblando de temor—. Ya sabes que nada tengo de ellas..., que cuanto tenía guardado te lo he cedido para complacerte, aunque conocía que era un crimen tocar al depósito que se me confiaba.

—¿Es decir, que me niegas el favor que te pido?—dijo Diego, soltando la mano de su esposa y dejando ver en su rostro las señales del enojo, próximo a estallar.

—Tú sabes muy bien—contestó Elisa con timidez y dulzura—que nada tengo; que esta misma noche me obligaste a que te diera lo poco que conservaba para ellas.

—Nada de eso ignoro.

—Pues entonces...

—Pero aun te quedan algunas alhajas que te ha regalado la protectora de esas niñas, y, además, mañana temprano te toca recibir la mesada que Clotilde destina para Teresa y Julia.

Elisa se estremeció como si hubiera escuchado la sentencia de su muerte.

—Pero esas alhajas y esa mesada...

—Las quiero, las necesito—exclamó Diego, dejando estallar su rabia por tanto tiempo reprimida—. Veo que contigo nada alcanzan las súplicas, y por eso lo ordeno, lo mando.

—¡Ah!—dijo la infeliz esposa, con acento suplicante y juntando las manos afligida—. ¡Yo te ruego que no exijas de mí ese sacrificio!... ¡Es con lo único que cuento para que no perezcan de hambre!...

—Y ¿quieres que yo muera de desesperación? ¿Que me suicide de rabia?

—¡Oh! ¡Qué dices!...—exclamó horrorizada aquella pobre mujer, mirando con ojos espantados a su esposo.

—¡Vamos, no te alarmes!—repuso Diego, cambiando repentinamente de gesto, y con acento dulce y expresivo—. ¿Crees que yo también no amo a mis hijas? ¿Crees que yo te pediría esas alhajas y ese dinero destinado a sus alimentos, si no estuviera persuadido de que con él voy a ganar inmensos tesoros, con los cuales podremos volver a ser felices, bien volviendo a Buenos Aires, mi patria, o a la hermosa España en que te conocí?

—¡Ah! ¡No pienses en eso, Diego! ¡No pienses en aumentar las riquezas por medio del juego! ¿Qué has conseguido hasta ahora? ¿No me has dicho mil veces lo mismo que me dices en este instante? Y ¿cuál ha sido el resultado? ¡Au-

mentar tus aflicciones..., maldecir tu suerte y privar del pan a nuestras hijas!...

—Pero, estoy seguro de que mañana el resultado será muy distinto—respondió Diego, algo picado por aquella observación.

—¡Ah!... ¡No lo creas!... Mañana verías desaparecer el importe de esas alhajas y esa onza, como has visto desaparecer las otras, y tendrías el sentimiento de no poder socorrer las necesidades de tu desdichada familia.

—Hagamos la última prueba.

—¡Sería otro nuevo desengaño!...

Diego se mordió los labios, arrugó el entrecejo, miró con ojos iracundos a su esposa, y gritó, con acento aterrador:

—Te digo que quiero ese dinero.

—Pero...

—Te digo que lo quiero—exclamó, rechinando los dientes y acercándose a Elisa con el puño levantado.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!...—prorrumpió la afligida esposa, levantando al cielo sus hermosos ojos arrasados de lágrimas.

—¿Qué respondes?—añadió cada vez más colérico Diego.

—¡Ah!... ¡No te enojés!...—se atrevió a decir la pobre Elisa, enviándole una mirada suplicatoria—. ¡No despiertes a esos inocentes ángeles, para que presencien las discordias de sus padres!...

—Pero, ¿me entregarás ese dinero y esas alhajas?—volvió a preguntar con severidad Diego.

—Te lo entregaré—dijo Elisa, con la santa resignación de una mártir, y enjugándose el llanto que corría por su melancólica faz.

Diego, que ya había alcanzado lo que deseaba, se acercó a ella con ademán afable, le tomó una mano, y le dijo con acento cariñoso:

—¡No llores, Elisa!... ¡Tus lágrimas me hacen mal!... ¡Perdóname si te he ofendido!... Conozco que tengo un carácter violento..., irascible..., que se exalta con facilidad... Pero, ¡tú eres tan buena!..., que es imposible que me guardes rencor por lo que ha pasado; ¿no es verdad?

Elisa tenía un corazón noble, tierno y generoso. A pesar del vicio detestable de aquel hombre al juego, amaba a su esposo con todas las veras de su alma.

—Nada tengo que perdonarte, porque en nada me has ofendido—le respondió dulcemente—; me atreví, porque te amo, a hacerte una observación que consideré prudente,

pero nunca fué mi ánimo oponerme a tu voluntad ni criticar tu conducta.

—¡Eres un ángel, Elisa!... Sí, un ángel digno de disfrutar todos los bienes de la tierra. Y esos bienes te los proporcionaré dentro de poco. Mañana empiezan la feria y fiestas en Tlalpan. Las casas de juego van a ser numerosas y con mucho oro. El corazón me anuncia que voy a ganar y que van a acabar para siempre nuestras penas y miserias.

Elisa, lejos de participar de las bellas ilusiones de su esposo, estaba, por el contrario, dominada por lúgubres y desgarradores pensamientos.

Los proyectos de su esposo no eran otra cosa para ella, que el aumento de las penalidades de sus queridas hijas.

Le iba a entregar todo lo que tenía.

Al brillar la luz del sol se iba a encontrar la infeliz sin tener con qué comprar el desayuno de los frutos de su desventurado matrimonio.

La mesada que con suma impaciencia había esperado como un ligero alivio a sus desgracias, iba a pasar a manos del hombre que iría inmediatamente a perderla en el juego.

Diego conocía muy bien lo que pasaba en el corazón de su esposa; leía en su rostro, como en un libro, los más ligeros sentimientos de su noble alma. Sabía la lucha interior que sostenía entre los deberes de madre y las condescendencias de esposa. Conocía el sacrificio que le debía costar desprenderse de cuanto tenía reservado para alimentar a sus hijas, y temiendo que llegase a arrepentirse de su oferta, y queriendo aprovecharse de aquellos instantes de buena disposición en que todo podía alcanzar fácilmente de ella, le dijo con extrema amabilidad, y acariciándola tiernamente:

—¿Quieres, vida mía, para no molestarte mañana, entregarme esas alhajas de que hemos hablado?

—¡Pues qué!—exclamó Elisa, con profundo sentimiento—. ¿Las quieres ahora mismo?

—Si tú no tienes inconveniente, te lo agradecería infinito; deseo marchar a Tlalpan en el primer ómnibus de la mañana, y, por los mismo, tenerlo todo arreglado con anticipación para no detenerme un instante. ¡Vamos, compláceme, si no te sirve de molestia!... ¡Te lo suplico encarecidamente!...

—Voy a servirte, puesto que así lo quieres—respondió Elisa tristemente, y levantándose de la silla en que estaba sentada.

En seguida se dirigió abatida a su cuarto; sacó una cajita

que tenía debajo del colchón; la abrió con mano temblorosa; tomó de ella algunas alhajas que le había regalado Clotilde y que besó con melancólica ternura; volvió a la sala luego, se dirigió a su esposo, y le dijo, entregándoselas todas:

—¡Ahí tienes cuanto constituía la fortuna de nuestras hijas!... ¡Siento que las vayas a jugar, pero no te culparé si las pierdes!... Sólo te suplico que si la suerte te es contraria, abandones esa senda que tantos y tan amargos desengaños te ha proporcionado, para que dediques a tus queridas hijas las horas que hasta hoy te ha robado el juego!...

—Te lo prometo—dijo Diego, tomando las alhajas—. Pero estoy seguro de que el éxito va a corresponder a mis esperanzas. Ahora voy a combinar detenidamente mi plan, para ganar.

Y, sacando un papel, se puso a trazar sobre él algunos números, combinando varias jugadas.

Elisa, al verle entretenido, se dirigió al lecho en que dormían sus hijas, exhaló un suspiro, cayó de rodillas junto a ellas, levantó los ojos bañados en lágrimas al cielo, y se puso a rezar por la felicidad de sus desgraciadas criaturas.

—¡Nada tengo que darles, Dios mío!...—exclamó, juntando sus manos en actitud ferviente—. ¡Tú que miras mi corazón y mis lágrimas..., tú que ves la honda y amarga aflicción de esta pobre madre..., ten compasión de mí!...

Y se quedó en profundo recogimiento.

Julia y Teresita sonreían dulcemente, acariciadas por uno de esos gratos sueños que mecen la edad de la inocencia.

Elisa fijó sus bellos ojos en aquellos dos ángeles que soñaban con las delicias de los bienaventurados, y se sintió conmovida de ternura.

Diego, dominado por su pasión al juego, y olvidado de cuanto le rodeaba, seguía combinando el plan para ganar al día siguiente.

Elisa volvió la cabeza al ruido que hacía con la pluma al trazar sobre el papel los números, exhaló un suspiro, volvió a mirar a sus dos inocentes hijas, y quedó orando a Dios por ellas y por la vuelta de su esposo al sendero de la virtud.

CAPITULO IV

Los dos artistas

—¿Cree usted que mi pobre amigo Rafael quedará contento con este retrato, madre mía?—decía un joven de hermosa presencia, que estaba pintando un retrato al óleo, a una anciana que se ocupaba en aquel instante en registrar todos los cajones y papeles del estudio del pintor, buscando alguna cosa.

—Sin duda ninguna, Leopoldo. No puede trasladarse al lienzo con más perfección la hermosura, la modestia, el candor y la expresión de la desventurada Luz.

—Sin embargo, a Rafael le debe parecer muerto, sin color y sin animación, como me parecen a mí todos los retratos que he hecho de mi inolvidable Clotilde. Pero se empeñó en que se ocupase mi pincel en esta obra, y no me pude negar a la súplica de un amigo desgraciado, que no tiene otro placer que el de pensar a todas horas en la mujer que adora, como no tengo yo, madre mía, otra felicidad que la de pensar en mi Clotilde.

—Y ese retrato le servirá de gran consuelo, como te sirven a ti los que ha trazado tu pincel, de la joven que amas.

—Sí; el sediento febricitante entretiene su abrasadora sed con trozos de hielo que le sirven cuando le niegan el agua que apetece; el desgraciado prisionero con ver desde las rejas de su prisión un rayo de luz y algunas ramas de los árboles que le recuerdan los limpios horizontes del mundo y las verdes praderas que ha recorrido; el infeliz amante, con la pálida semejanza del sér que adora. Son dulces ilusiones que alimentan la esperanza; esta esperanza que es la tierna compañera del hombre; la que le anima en su desgracia, la que le infunde aliento en los reveses, la que le presenta en el horizonte un punto de felicidad, una estrella, y cuya luz no se extingue sino después de haber descendido el hombre a la tumba; pero siempre en brazos, también, de la esperanza.

—Y ¿cuándo piensas enviarle ese retrato?

—Hoy mismo, porque es el día en que va a salir por vez primera a la calle, después de su peligrosa enfermedad.